Lecturas heterodoxas sobre el pasado reciente

UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO

Universidad Nacional de Cuyo
(Mendoza, República Argentina)

Publicación con referato recomendada
por el Comité Editorial
(EDIUNC, Universidad Nacional de Cuyo).

Claudia Yarza (Compiladora)

Lecturas heterodoxas sobre el pasado reciente

Relaciones entre memoria, política e historia en la Argentina

Atilio A. Boron (Prologuista)

Guillermo Barón
Amelia Barreda
Beatriz Bruce
Patricia Chaves
Claudia Fava
Eduardo H. Paganini
Claudia Yarza

EDIUNC Mendoza, 2015

Lecturas heterodoxas sobre el pasado reciente: relaciones entre memoria, política e historia en la Argentina / Amelia Barreda... [et.al.]; compilado por Claudia Yarza; con prólogo de Atilio A. Boron. –1ª ed. – Mendoza: Ediunc, 2015.
154 p.; 23x15 cm. – (Indagaciones)

ISBN 978-950-39-0321-6

1. Terrorismo de Estado. 2. Historia Política Argentina.
I. Barreda, Amelia II. Yarza, Claudia, comp. III. Boron, Atilio A., prolog.

CDD 320.982

Lecturas heterodoxas sobre el pasado reciente: relaciones entre memoria, política e historia en la Argentina

Claudia Yarza (Compiladora)
Primera edición, Mendoza, 2015
colección indagaciones
ISBN 978-950-39-0321-6
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
© Ediunc, 2015
http://www.ediunc.uncuyo.edu.ar
ediunc@uncuyo.edu.ar

Impreso en Argentina · *Printed in Argentina*

Prólogo

Atilio A. Boron

La compilación que el lector tiene en sus manos aborda una problemática fundamental de la vida política argentina: la cuestión de la memoria y su relación con la ética y la política de la democracia. Esta aproximación al objeto de estudio se logra a través de una serie de trabajos que desde diversos ángulos arrojan luz sobre un tópico de enorme complejidad y ante el cual el saber convencional de las ciencias sociales ha tenido muy poco que decir.

Tal como lo plantea en su penetrante epílogo la compiladora de este libro, Claudia Yarza, son muchas las preguntas e interrogantes, tanto empíricas como normativas, que se anudan en un escrito que tiene la saludable osadía de internarse en un tema tan crucial y de tanta importancia teórica y a la vez práctica. Preguntas e interrogantes que asoman a la luz una vez que los investigadores comienzan a remover las capas superficiales bajo las cuales se encuentran los más ricos yacimientos de la memoria colectiva. Pero llegar a ellos y extraerlos no es tarea sencilla, como podrá corroborarse a lo largo de las páginas que siguen. La empresa plantea dificultades poco habituales frente a las cuales sucumbe el paradigma de inspiración positivista que aún hoy —y pese a sus flagrantes limitaciones— prevalece en las ciencias sociales. Por eso este libro, tributario de una perspectiva teórica y epistemológica (que sus propios autores en buena hora denominan «heterodoxa» y, por consiguiente, ajena a la dominante) ofrece suge-

rentes aperturas sobre un amplio abanico de dimensiones en torno a la cuestión de la memoria.

El lector o la lectora hallará en este libro valiosos nutrientes para pensar y actuar sobre la temática de la memoria. Tanto las diferentes perspectivas ideológicas desde las cuales aquella fue pensada como los rituales y las manifestaciones sociales a través de las cuales el poder establecido fija las conmemoraciones y objetivaciones de la memoria merecen un tratamiento especial en los capítulos iniciales del libro. Los capítulos siguientes se adentran en la producción historiográfica, señalando sus tensiones ético-políticas, sus contradicciones, los sesgos ideológicos y teóricos que caracterizan buena parte de la producción historiográfica sobre el asunto y los debates en torno a la naturaleza misma de la ciencia histórica, la incorporación del presente, o el pasado reciente, al acervo histórico y la forma como esto se transmite a las futuras generaciones. Por último, el texto acerca un par de capítulos sobre la memoria, tal y como aparece en algunas expresiones de la narrativa de los años 60 y 70 y en el caso de una revista —*Cristianismo y Revolución*— muy significativa para ciertos ambientes altamente politizados de aquellos años.

Aparte de los méritos intelectuales propios e intrínsecos a esta obra, y sobre los cuales no es necesario explayarse en la seguridad de que los lectores sabrán apreciarlos por su cuenta, quisiera sobre todo resaltar la oportunidad de la aparición de un libro como este en la encrucijada actual que caracteriza a la Argentina muy especialmente y, en no menor medida, a nuestra América. No es un secreto para nadie que el actual contexto geopolítico internacional marca un progresivo debilitamiento de la hegemonía de los Estados Unidos en el sistema imperial gestado a partir de la Segunda Guerra Mundial. Esto fue anticipado en los pronósticos que algunos comenzamos cautamente a explicitar hacia mediados de los 80 del pasado siglo, para ser acallados por una clamorosa gritería cuando tras la implosión de la Unión Soviética en 1991-1992, parecían confirmarse las ilusiones de que nos encontrábamos a las puertas de un «nuevo siglo americano» y que los pronósticos pesimistas obedecían a distorsiones ideológicas que impedían una adecuada lectura de la realidad. Sin embargo, los hechos terminaron por confirmar la hipótesis mal llamada pesimista (cuando su nombre verdadero era *realista*) y hoy día son los propios grandes intelectuales del imperio norteamericano, comenzando por su principal figura, Zbigniew Brzezinski, quienes reconocen que la hegemonía estadounidense ha pasado su cénit y ha comenzado a transitar por un lento y prolongado sendero descendente que no tiene retornos a la vista.

Lo anterior viene a cuento porque el componente esencial de ese predominio imperial fue la enorme capacidad de los Estados Unidos de imponer a los pueblos y las culturas dominadas una visión del mundo que simplemente barría con su memoria histórica. Y lo hacía en un doble sentido: al postular para el futuro a la sociedad americana como el punto final de un tránsito virtuoso desde las *sociedades tradicionales —que eran muchas y de muy diverso tipo— a la sociedad moderna* (cuyo prototipo único e irremplazable era Estados Unidos), y al subsumir bajo la categoría sociológica de «sociedad tradicional» toda la inmensa riqueza, originalidad y especificidad de las sociedades neocoloniales. *Sociedad tradicional*, ¿como la India, como México, Argentina, Indonesia, Egipto? Este gigantesco absurdo sociológico, sin embargo, no lo era desde el punto de vista de la dominación política, porque se trataba de un dispositivo intelectual que hacía *tabula rasa* diluyendo la irreductible originalidad de cada formación social y su proceso de constitución histórica, que maldecía su pasado como expresión de la barbarie y que invitaba a sus herederos a renegar y olvidarse de su propia historia para «ser como ellos», como los norteamericanos, como lo comentara con asombro un intelectual orgánico del imperio como Samuel P. Huntington al registrar las respuestas que obtenía en sus entrevistas a los miembros de la élite política y económica mexicana. Y, de paso, como antes lo observara con resignada perplejidad Octavio Paz en su célebre *El laberinto de la soledad*, una obra maestra en donde se exploran las contradicciones del alma popular mexicana.

Para el designio estadounidense, la inducción de la desmemoria garantizaba que esos pueblos perdieran su identidad. Fueron muchos los que cayeron víctimas de los engaños y las manipulaciones urdidas por la fenomenal maquinaria mediática y comunicacional perfeccionada por el imperio a partir de Hollywood, a raíz de la cual casi las tres cuartas partes de todos los productos audiovisuales que circulan por el planeta se producen en los Estados Unidos, se hablan en inglés y *propagandizan* un tipo de sociedad (igualitaria, no racista, no homofóbica, sin violencia, con mujeres emancipadas, próspera) que en algunos rubros no tiene absolutamente nada que ver con la realidad.

La *desmemorización* de los pueblos y culturas subalternas es una política central del imperialismo, que hace mucho tiempo percibió la importancia de la *batalla de ideas* y la lucha por el sentido de las palabras. Consciente de ello, si no puede escribir la historia de las naciones sometidas (aunque en un cierto sentido sí lo hace a través de sus intelectuales colonizados) al menos puede modificar y *formatear*

su memoria apelando al inmenso poderío de su usina audiovisual. Aquí se abre un interesante interrogante: ¿Cómo se apropian los pueblos de su historia y su memoria? Es más fácil hacer lo segundo que lo primero, porque salvo excepciones la historia se escribe y se narra desde el poder, a partir de un inmenso aparato reticular que encuentra en el mundo académico y en los medios de comunicación instancias privilegiadas de producción de la narración histórica *oficial* o *verdadera*. La historia, además, al presentarse como una ciencia, construye un hiato prácticamente insalvable con la otra historia, la de la plebe. Pero esta es desdeñada, mientras que la otra es la que se instala en el olimpo de las ciencias y se integra a la religión laica del estado. Y en cuanto tal, requiere del oficio de un historiador, dueño de un método, un saber especializado y una capacidad poco habitual para comunicar sus hallazgos y coagularlos en libros y programas de enseñanza, convirtiendo esa memoria parcial, fragmentada y sesgada en una verdad única que le otorga una (falsa) identidad a un pueblo. Una historia que es considerada, en casi todos los regímenes políticos pero sobre todo en los despotismos y, en cierta medida, en las *democracias de baja intensidad* como *historias patrias*, que rechazan cualquier impugnación como una afrenta a la patria misma pero entendida ésta como una creación simbólica de las clases dominantes.

Frente a este universo, fácilmente cooptable desde el poder, se encuentra la memoria de los pueblos. Por definición: múltiple, fragmentada, contradictoria en cuanto reflejo genuino de las contradicciones de la vida social. Y por eso mismo muchas memorias, no sólo una: algunas nos oprimen, como esos recuerdos a los que aludía Marx en las páginas iniciales de *El Dieciocho Brumario*; otras nos inspiran; las terceras nos desmovilizan; las de más allá nos impulsan a la acción. Memorias de presuntas *edades de oro* o de períodos tenebrosos, pero depósitos, en fin, de una enorme riqueza de experiencias sociales acumuladas a lo largo de los siglos y que en algunas coyunturas pueden entrar en erupción como un volcán y derrumbar la frágil estabilidad del orden burgués colonial construido a partir de la desmemoria y el consecuente engaño. Coyunturas singulares en donde emergen figuras como Fidel Castro, como Evo Morales, como Hugo Chávez, que despiertan los fragmentos dormidos de unas memorias de resistencias y luchas y las convierten en un formidable ariete para la construcción de una nueva sociedad. Fidel, al regresar a mediados del siglo veinte las memorias y tradiciones de la lucha anticolonialista cubana en contra de la Corona española de la segunda mitad del siglo diecinueve; Evo, al hacer lo propio con los cinco siglos de resistencia

ante la opresión colonialista, racista y clasista a que fueron sometidos los pueblos originarios de Bolivia; Chávez, al rememorar la gesta emancipadora de Bolívar y resignificarla a la luz de la lucha antiimperialista de nuestros días. Memorias en conflicto, en pugna, que casi invariablemente son desechadas por la historia oficial.

Por esto, por la lucha por la memoria, por su recreación, su recordación y su diseminación por todo el cuerpo social, es que este libro es tan importante. Lo es por su contribución al campo de la filosofía política y la ética, pero también porque aporta elementos socialmente de gran utilidad para avanzar en la recuperación de nuestra memoria como nación, derribando mitos que abonan la ignorancia y promueven la resignación y ofreciendo un arsenal de instrumentos de análisis que, sin duda, facilitarán que nuestro pueblo pueda librar con buenas perspectivas de éxito la gran batalla por la memoria, sin la cual ningún triunfo democrático podrá ser duradero.

Buenos Aires, 23 de junio de 2014